



CAMILO BERNERI

EL PROLETARIADO DEBE DESAPARECER, NO GOBERNAR

CAMILO BERNERI

EL PROLETARIADO DEBE DESAPARECER,

NO GOBERNAR

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera
http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Nota editorial

Camilo Berneri es sin lugar a dudas uno de las mentes más lúcidas que ha producido el anarquismo del siglo XX.

Íntimamente unido a la revolución española, será una de las víctimas más destacadas de la contrarrevolución en ese periodo histórico en nuestro país.

Hemos querido poner a disposición del posible lector tres pequeños textos suyos representativos de su clarividencia de ideas, y de su amplitud de miras.

En Humanismo y anarquismo, Berneri nos hace un hermoso retrato del humanismo anarquista, y un bellísimo homenaje a Malatesta, afirmando ya ¡en 1936! que el problema social dejará de ser un problema de clase para convertirse en un problema humano.

Si solamente podemos leer un artículo de Berneri en nuestra vida, leamos éste.

El segundo texto es la célebre Carta a Federica Montseny publicada a mediados de abril de 1937, apenas 20 días antes de ser asesinado.

Bernerri llama “compañera” a Federica, es decir no le niega el calificativo de “anarquista”, aunque la define de la forma más clarividente que se haya hecho jamás, como la “luz que oculta la verdad”.

¿Sabía ya entonces Berneri que esa “luz deslumbradora” produciría cegueras permanentes?

Mas no es por Federica por lo que hemos escogido este texto, sino por su visión crítica constructiva del trayecto que seguían entonces los revolucionarios españoles. Visión crítica que junto a la de otros escasos testimonios nos dan fe de que no todo era ceguera circunstancialista en el momento. A este testimonio, habría que añadir el de los jóvenes libertarios “Quijotes del ideal”, la de los “Amigos de Durruti”, y la de Peirats en la

revista Acracia, defendiendo a capa y espada la perseverancia y la validez de los principios anarquistas, y el abandono del circunstancialismo gubernamental, sin duda alguna, uno de los factores mas importantes si no el que más de la derrota de la revolución.

Pero ¡que clarividencia en el análisis! ¡cuanta vida hay en los argumentos! ¡qué diferencia con las tesis que mas tarde utilizaran esos circunstancialistas que para volver a reinstalarse en los principios anarquistas que nunca deberían haber abandonado, solo se les ocurre volver la vista a los acuerdos tomados en determinado momento de la historia, es decir a argumentos ya muertos o petrificados en el tiempo!

El último de los textos escogidos es el titulado Dictadura del proletariado y socialismo de estado. En él, Berneri se nos revela como un profundo conocedor del marxismo, al que combate precisamente por conocerlo bien, en sus textos mas fundamentales.

¿Qué marxista puede vanagloriarse de lo mismo respecto del anarquismo?

Difícilmente podría encontrarse una discusión menos sectaria de las tesis del marxismo, ese marxismo que asesinándole en ese fatídico mayo barcelonés del 37, empleará una vez más para validar sus tesis, el argumento mas contundente: la muerte.

Y que el lector nunca llegue a olvidar, al leer a Berneri, que el anarquismo ha producido pocos, muy pocos teóricos de importancia en el Novecientos.

Disfrutémosle pues como a los buenos vinos.

Confederación Sindical Solidaridad Obrera

HUMANISMO Y ANARQUISMO

Publicado en L'Adunata dei refrattari, Nueva York, 22 y 29 de agosto de 1936

El movimiento Giustiziza e Libertà ha puesto en circulación una palabra que no es nueva ni insólita entre los cultos, pero que ha suscitado sonrisas de desprecio y sugerido ironías fáciles entre los jefecillos de la emigración antifascista. Esta palabra, Humanismo, se entiende en un sentido más amplio que el significado que se le atribuye generalmente de regreso filosófico y literario a la Antigüedad. Humanismo es una palabra que resume el espíritu del Renacimiento y significa, además y sobre todo, el culto al hombre entendido como base de toda concepción estética, ética y sociológica. El humanismo se define, sustancialmente, por la célebre fórmula de Terencio: Homo sum, humani nihil a me alienum puto, es decir, «soy hombre, y pienso que nada humano me es ajeno». Sólo será humanista quien vea en cada hombre el hombre. El industrial codicioso que en el obrero sólo ve un obrero, el economista que en el productor sólo ve al productor, el político que en el ciudadano sólo ve al elector, son tipos humanos que están lejos de una concepción humanista de la vida social. Igualmente lejos de esta concepción están los revolucionarios que en el plano de clase reproducen las generalizaciones arbitrarias que en el campo nacionalista se denominan xenofobia.

El revolucionario humanista es consciente de la función evolutiva del proletariado, está con el proletariado porque es una clase oprimida, explotada y envilecida, pero no cae en la ingenuidad populista de atribuir al proletariado todas las virtudes y a la burguesía todos los vicios, e incluye a la misma burguesía en su sueño de emancipación humana. Piotr Kropotkin decía: «Trabajando para abolir la división entre amos y esclavos, trabajamos en favor de la felicidad de unos y otros, de la felicidad de la humanidad». La emancipación social arranca al niño pobre de la calle y arranca al niño acomodado de su vida de florecilla silvestre, arranca al joven proletario del embrutecimiento de un trabajo excesivo y arranca al señorito de la molición ociosa y del aburrimiento corruptor, arranca a la mujer del pueblo del envejecimiento precoz y de la fecundidad conejuna y arranca a la dama de

las fantasías obsesivas que tienen su vivero en el ocio y desembocan en el adulterio o en el suicidio. Cada clase tiene su propia patología porque cada ambiente social tiene sus propios gérmenes corruptores. Víctima de la falta de atenciones maternas es el paria precozmente caído en la delincuencia, y víctima del hipócrita servilismo y de las comodidades excesivas es el hijo de papá que cree que todo le está permitido: desde la seducción de la modista hasta el cheque falso. El ladronzuelo y el empresario en bancarrota, la prostituta y la señora estrangulada por el danseur mondain son sólo aspectos de un único mal, son sólo varias disonancias de una única falta de armonía social. ¡Que la multitud proletaria grite «¡a muerte!» contra el burgués homicida, y que lo apruebe y la incite L'Humanité! Pero ¡nosotros no! Nosotros no, nunca. Deterministas y humanistas defenderemos a la multitud de los huelguistas que quieren linchar al patrón, al esquirol, al gendarme; la defenderemos en nombre de los dolores que ha sufrido, de las humillaciones que ha padecido, de la legitimidad de sus derechos conculcados, del significado moral que encierra esa cólera, de la advertencia social que ese episodio aprisiona; pero si ese mismo burgués mata, dominado por la obsesión de los celos, trastornado por un impulso de desprecio, no seremos nosotros quienes nos ensañaremos con él sólo porque ha nacido y crecido en un palacio en vez de en una casucha. Explicaremos cuán corruptora es la vida burguesa, denunciaremos el peso deformante de los prejuicios propios de la burguesía, procesaremos, en definitiva, a la burguesía y no al burgués individual. La filosofía de la página de sucesos, en la que excelen los periodistas de los periódicos democráticos, está insuficientemente desarrollada en la prensa de vanguardia precisamente porque no se quiere salir de la estrechez de miras clasista que consiste en encarnizarse con el burgués, el militar, el cura, etcétera, olvidando al hombre. ¡Qué educativa sería una filosofía social de la página de sucesos!

He aquí a un cura arrestado por delitos sexuales. El anticlericalismo grosero se arroja sobre el cura. La casuística judicial y los libros sobre mitomanía impondrían la justicia de la cautela. ¿Es culpable? Pues claro que lo es, puesto que este escándalo es utilísimo para la laicidad de la escuela, para echar a las congregaciones religiosas, para el... libre pensamiento. Masones, socialistas, comunistas se arrojan contra el infame, contra el clericucho

sátiro, contra el cura cerdo, como los antisemitas se arrojaron durante siglos contra los judíos acusados de rituales infanticidas: sin una prueba, sin un indicio serio, con el frenesí de querer golpear con fuerza al enemigo. Y los anarquistas generalmente corean. Por el contrario, nos correspondería, admitida la culpabilidad del cura, explicar sus causas: del celibato a la homosexualidad latente, cuando no manifiesta, del seminario. Y habría que ir más allá, logrando explicar el determinismo hormonal de la conducta sexual, determinismo hoy evidente para cualquiera que no sea un completo ignorante en biología.

La crónica de sucesos debería convertirse, iluminada por la crítica social, elaborada por el determinismo científico, en uno de los principales argumentos de la prensa de vanguardia.

He aquí un suceso: en una calle de Varsovia una muchacha se desmaya después de una hemorragia pulmonar. Un agente de policía la socorre, llama a un taxi y ordena al conductor que conduzca a la enferma al hospital. El conductor se niega, a causa de la sangre que mancharía su coche. La multitud que se congrega se solidariza con el conductor. El policía está desolado y exclamando «El mundo es demasiado malo» se pega un tiro en la cabeza. Llego otro policía. Al ponerle al corriente de lo que ha sucedido también él se pega un tiro en la cabeza.

Un policía es socialmente un perro guardián, pero puede ser un hombre mejor que un taxista, tal vez sindicado. Malatesta, perseguido por las policías de medio mundo durante casi toda su vida, no sólo lo sabía sino que lo decía y lo escribía. En un mitin público se volvió hacia los carabineros de servicio para decirles unas palabras humanas. Paolo Valera se lo reprochó. Malatesta respondió al ataque, en Volontà de Ancona, y escribió entre otras cosas: «En todo hombre hay siempre algo humano que en circunstancias favorables puede ser evocado útilmente para vencer los instintos y la educación brutales. Todo hombre, por degradado que esté, incluso un feroz asesino o un vil instrumento de la policía, tiene siempre alguien al que ama, algo que le conmueve. Todo hombre tiene su cuerda sensible: el problema es descubrirla y hacerla vibrar».

En un artículo en Umanità Nova (14 de marzo de 1922), sin dejar de afirmar que la obra general de los carabinieri no es menos dañina que la de los delincuentes, Malatesta escribía: «Los carabinieri y los guardias reales son, las más de las veces, unos pobres desgraciados víctimas de las circunstancias, más dignos de piedad que de odio y de desprecio, y es probable que personalmente sean mejores los peores de los fascistas».

Algunos compañeros que no conocieron personalmente a Malatesta, o que incluso habiéndole tratado no captaron su personalidad moral, creen que hacía ciertas distinciones por oportunidad política. Esto es un desconocimiento del humanismo malatestiano. Hombre que odiaba el orden estatal burgués, revolucionario no sólo de pensamiento sino también de acción, Malatesta no habría dudado en hacer saltar, de haberlo considerado necesario y haber podido hacerlo, todos los cuarteles de carabinieri y todas las comisarías de Italia. Pero sabía que entre los carabinieri y entre los guardias reales había pobres diablos empujados por la necesidad, carentes de educación política, pero no peores de ánimo que la media de los hombres. En el tribunal de Milán, después de la lectura de la sentencia que le absolvía, Malatesta se retiraba entre los carabinieri, cuando uno de ellos se le acercó conmovido y diciéndole: «¿Me permite que le abrace?», le echó los brazos al cuello. ¿Qué hombre rechazaría semejante gesto viendo tan sólo el uniforme y la función y no el corazón turbado y abierto, aunque sólo fuera por un momento, a un ideal de libertad y de justicia?

Malatesta fue siempre profundamente humano, incluso para con los policías que le vigilaban. Una noche fría y lluviosa, en Ancona, sabía que un agente estaba en la puerta, empapándose y con los dientes castañeteando para cumplir con su deber. Acostarse complacido de saber que el sabueso lo estaba pasando mal habría sido natural, pero no para Malatesta, que salió a la puerta e invitó al agente para que entrara, se calentara un poco y bebiera un poco de café.

Pasaron los años, muchos años. Una mañana, en la plaza de la Signoria, en Florencia, Malatesta recibió un «buenos días, señor Enrico» por parte de un viejo guardia municipal. Dotado de una memoria férrea tanto para las fisonomías como para los nombres, Malatesta quedó estupefacto al no

reconocer a aquel tipo. Le preguntó quién era y el otro le respondió: «Han pasado tantos años. Se acuerda de aquella noche en que yo estaba ante su puerta...». Era aquel agente que conservaba en su corazón el recuerdo de aquella amabilidad como se conserva entre las páginas de un libro la flor cogida un día soleado por la alegría de vivir. Malatesta, al contar aquel encuentro, tenía una sonrisa de dulce complacencia, esa misma sonrisa con la que Gori rechazaba la insistente oferta de llevarle la maleta, cargada de planchas de proyección, por parte de los policías que, en el curso de sus tournées de conferencias, le esperaban en la estación.

El policía sinceramente amable es el lobo de Gubbio que ofrece la pata. Es el bello milagro de la Idea que niega la utilidad y la dignidad de la función social del policía y del carabinero, pero que habla al hombre que hay en ellos. Una tarde dulce, aún dolido por las palizas que me dieron los gendarmes luxemburgueses, le explicaba a un joven gendarme qué quieren los anarquistas. Me escuchó con interés y, después de haber reflexionado, suspiró: «Es una buena idea. ¡Pero harán falta al menos cincuenta años para conseguirla!». Es preciso tener los ojos azules de un niño y una sonrisa dulcísima como la que él tenía para ver elevarse la blanca ciudad bajo un sol que resplandecerá tan rápido. ¡Cincuenta años! Y le parecían muchos, mientras que a ciertos anarquistas los milenios les parecen un cálculo optimista. Yo le estuve agradecido de haber compensado la brutalidad de aquellos colegas suyos que se habían ensañado conmigo, esposado, y que con aquella fragante paz de los campos y bajo aquella violácea ternura del cielo, pudiese creer más que nunca en el hombre y, al creer en el hombre, creer también en la Anarquía, cuya posibilidad histórica deriva de encontrarnos entre hombres que, sin tener nuestras teorías en su cabeza, están próximos a nosotros con el corazón y son desde hoy ciudadanos posibles de la ciudad del mañana.

Exiliada en Londres, a Louise Michel le gustaba ver la benévola obra de persuasión de un policeman que intentaba hacer volver a su casa a un borracho, como le gustaba sentirse en familia en los ambientes aristocráticos ingleses, en los que tenía «la impresión de la honradez humana persistente no obstante los malditos estorbos», como le gustaba, en el museo Tussaud, detenerse ante la efigie en cera de la reina Victoria

por la serena bondad que emanaba de ella. Cuando Kropotkin, en sus maravillosas memorias, habla de la familia imperial, lo hace como un hombre que ha conocido la influencia de la educación principesca y la vida en la corte y sabe que aquella influencia es tan determinante como la de la choza o la hostería. Afable y pródigo hacia los mendigos londinenses, Kropotkin es indulgente con los príncipes porque su inteligente bondad comprende a unos y otros, piadosa con el paria y justa con el poderoso, víctimas en el espíritu. ¿Quién habría sospechado al republicano y al ateo en el archiduque Rodolfo de Ausburgo? ¿Podía Liccheni imaginar que la emperatriz Elisabeth profetizaba la caída de todos los tronos y no era más que una madame Bovary que amaba a Heine, ayudaba a escondidas a Wagner y estaba sofocada en la corte por el peso de la etiqueta que le impedía incluso abrir ella sola una ventana, pasear en el parque de Lainz, acariciar a los niños de los pueblerinos y campesinos, dar una vuelta por las calles de Viena, ir de compras como solía hacer en Múnich, moza y libre? Paria Luccheni, la emperatriz era esclava, como iba a ser esclavo su hijo Rodolfo hasta que con el suicidio se liberara del peso de una vida protocolaria demasiado angosta para su amplio espíritu. Incluso los emperadores y el rey, que desde la cuna al trono y de éste a la tumba están rodeados de adulaciones y de genuflexiones, por lo tanto, conducidos a considerarse deidades, presentan, -salvo los locos, criminales y haraganes-, un lado apreciable y simpático. Francisco José, convulsivo, presuntuoso, violento, terco, árido y duro tenía muy desarrollado el sentido del deber, que para él consistía en ejercer en serio como emperador. Enfermo de pulmonía fue a la estación a esperar la llegada de un archiduque ruso porque era época en la que existía cierta tensión en las relaciones entre Viena y Petrogrado, y temía que su ausencia fuese mal interpretada. Viejo y enfermo, siguió hasta su muerte, a pesar del insomnio y las fiebres altísimas, levantándose a las cinco de la mañana para sentarse en su mesa de trabajo y permanecer ahí todo el día a pesar de los consejos y los ruegos de sus familiares. La tarde de su último día, su ayudante de campo, al ver que no lograba ya levantar la mano derecha y acercarla a la pluma, le obligó a acostarse. El vejestorio protestaba: «Tengo mucho que hacer, todavía he de trabajar». Y expiró en la noche.

En una sociedad bien organizada, en vez de ser un kaiser ahorcador habría

sido un empleado modelo. En una sociedad como la que queremos nosotros, Maximiliano de Austria en vez de ir a conquistar México habría sido explorador, porque tenía la estofa del viajero poeta y no la del sojuzgador de los pueblos.

Nunca conseguiré ver a la humanidad en el casillero romántico-demagógico de la propaganda vulgarmente subversiva que tiene en Italia una de sus más típicas expresiones en las caricaturas de Scalarini. Todos los oficiales escalarinescos eran unos petimetres con monóculo, con bigotes y hocico de hiena. Todos los burgueses escalarinescos eran porcinos con uñas tigrescas y sobrecargados de oros y diamantes. El demagogo de la caricatura ha cambiado de dueño, como casi todos los demagogos de la oratoria mitinera. Los Podrecca y los Notari de la pornografía anticlerical acabaron ejerciendo de meapilas; los que plantaban la bandera en el estercolero y la escupían acabaron como imperialistas; los que se comían vivos a los carabineros (de palabra, se entiende), acabaron como prefectos de policía. Y, sin embargo, aún hay en el púlpito subversivo algunos fanfarrones que intelectual y moralmente no valen más que los tráfugas.

A mis diecisiete años, el general Morra di Lavriano, el del estado de sitio en Sicilia, me parecía una bestia feroz. Al hablar o escribir sobre él no habría vacilado en parangonarle a Gallifet, que fue en realidad un criminal. Ahora no podría hacerlo, porque me vendría a la mente un recuerdo: el de una lápida que él hizo poner en un pozo que fue la tumba de una pareja suicida. Se trataba de campesinos aún mozos, que se suicidaron por un amor contrariado. El general hizo tapiar el pozo, quiso que se plantaran sauces y un rosal y dictó la inscripción, que era una pequeña obra maestra de síntesis y de poesía. El general de los tribunales-cartuchera me sorprendía, como me habían sorprendido algunos famosos inquisidores capaces de besar al leproso, tiernos con los huérfanos, los prisioneros o el pueblo. ¡Cuánto puede sobre el hombre la superstición religiosa o política! ¡Y qué fácil es confundir la ferocidad y la fe absoluta y decidida, el hábito de la violencia y las circunstancias del momento con el corazón!

Si soy optimista es porque no creo en la bestia humana. Creo que en todas las almas, incluso en la más tenebrosa, hay un poco de calor escondido. Y

creo también que en todos los círculos sociales hay algunas cualidades específicas, por lo que el progreso humano será el resultado de la fusión de las clases al igual que el universalismo será el resultado de la fusión de los pueblos y de las razas.

Geoffroy Saint-Hilaire decía: «¡Qué curioso! Cuando el señor Cuvier y yo paseábamos por la galería de los monos, él veía mil monos, pero yo sólo veía uno».

Cuando se ve el militar, el cura, el burgués, etc., no se ve al hombre, que es infinitamente variopinto en todas las categorías sociales, tan variopinto que constituye categorías que son humanas y no de clase o de círculo.

El anarquismo ha sido elaborado teóricamente por pensadores de origen social diferente. Bakunin, Kropotkin, Cafiero, Cherkesov, Tarrida del Mármol, fueron proscritos de la aristocracia, Malatesta, Fabbri, Galleani, Landauer, Mühsam fueron proscritos de la burguesía; otros teóricos, desde Proudhon a Rocker, surgieron del proletariado.

A pesar de esta variedad de orígenes sociales, el anarquismo se ha afianzado clara y constantemente en todos los países como corriente socialista y como movimiento proletario. Pero el humanismo se ha afianzado en el anarquismo como la preocupación individualista de garantizar el desarrollo de la personalidad y como inclusión, en el sueño de la emancipación social, de todas las clases, de todos los círculos, es decir, de toda la humanidad. Todos los hombres tienen necesidad de ser redimidos de los otros y de sí mismos. El proletariado ha sido, es y será más que nunca el autor histórico de esta emancipación universal. Pero lo será aún más si no se deja extraviar por la demagogia que le adora pero desconfía de él, que le llama Dios para tratarlo como una oveja, que le coloca en la cabeza coronas de cartón-piedra y le halaga pérfidamente para conservar o conquistar un dominio sobre él.

Dictadura del proletariado: fórmula tan equívoca como el pueblo soberano. La voz del proletariado no es vox Dei ni ladrido de perro, sino voz de hombres, multicolor y discordante como toda voz de la colectividad

humana.

El genio popular no es ni un demiurgo ni un caos, sino un gran río que se desborda y aquí destruye y allá fertiliza, y tiende a regresar demasiado pronto a su antiguo cauce.

La revolución no es una oligarquía de estatuas solemnes en una plaza fangosa, sino la épica belleza de heroísmos colectivos, mareas bajas de vileza colectiva, rebabas feroces de delitos de la multitud, construcciones de un orden nuevo en las que las elites tienen la escuadra y el compás y las multitudes aportan los materiales, los brazos y la experiencia artesana.

Ninguna dictadura ni del cerebro sobre los callos, ni de los callos sobre el cerebro, porque cada hombre tiene cerebro y el pensamiento no está en los callos. El que golpea con el pico contra el privilegio es el hombre de la revolución. El que participa en la solución de los problemas de la producción y del intercambio con seguridad y destreza, con madurada experiencia y con honrado estado de ánimo, es el hombre de la revolución. El que expresa con claridad su pensamiento sin buscar aplausos y sin temer la cólera es el hombre de la revolución.

El enemigo del pueblo es el politicastro, el charlatán que exalta al proletariado para convertirse en su mosca cojonera, que exalta los callos ajenos para evitar los propios, que denuncia como contrarrevolucionario a todo aquel que no esté dispuesto a seguir la corriente popular en sus errores y en los desarrollos tácticos del jacobinismo.

Dictadura del proletariado es concepto y fórmula de imperialismo clasista, equívoca y absurda. El proletariado debe desaparecer, no gobernar. El proletariado es proletariado porque desde la cuna a la tumba está bajo el peso de la pertenencia a la clase más pobre, menos instruida, menos susceptible de emancipación individual, menos influyente en la vida política, más expuesta a la vejez y a la muerte precoz, *etc.* Redimido de estas injusticias sociales, el proletariado cesa de ser una clase en sí, porque todas las demás clases han sido despojadas de sus privilegios. ¿Qué queda al desaparecer las clases? Persisten las categorías humanas: inteligentes y

estúpidos, cultos y semicultos, sanos y enfermos, honrados y deshonestos, buenos y malos, etcétera.

El problema social dejará de ser un problema de clase para convertirse en un problema humano. Entonces la libertad estará en marcha y la justicia se habrá concretado ya en sus principales categorías. La revolución social, clasista en su génesis, es humanista en sus procesos evolutivos. El que no entiende esta verdad es un idiota. El que la niega es un aspirante a dictador.

CARTA ABIERTA A LA COMPAÑERA FEDERICA MONTSENY

Publicado en Guerra di classe, Barcelona, núm. 12, 14 de abril de 1937

Querida compañera:

Tenía la intención de dirigirme a todos vosotros, compañeros ministros, pero ahora con la pluma en mano, espontáneamente, he resuelto dirigirme a ti sola y no quiero contrariar un impulso súbito, pues es una buena regla seguir en tal género de asuntos a los instintos.

Que no coincida siempre contigo no te maravilla, ni te irrita, y además tú te has mostrado cordialmente olvidadiza de críticas que no siempre fueron de tu gusto, y que hubiera sido tan natural como humano considerar injustas y excesivas. Es una cualidad, y no pequeña a mis ojos y testimonia la naturaleza anarquista de tu espíritu. Esa certitud y temperamento compensa con eficacia, se entiende para mi amistad, las discrepancias ideológicas con algunos aspectos de tus artículos de estilo personalísimo y tus discursos de una elocuencia admirable.

No he conseguido aceptar, por ejemplo, tu identificación entre el anarquismo bakuninista y el republicanismismo federalista de Francisco Pi y Margall, y no te perdono haber escrito que «en Rusia no fue Lenin el verdadero constructor de la Rusia, sino más bien Stalin el espíritu realizador», etcétera. Y he aplaudido la respuesta de Volin sobre tu inexacta afirmación sobre el movimiento anarquista ruso, publicada en Terre Libre.

Pero no es de todo esto de lo que quiero hoy hablarte. Sobre aquellas y otras muchas cosas nuestras, espero un día u otro tener ocasión de discutir las personalmente contigo. Si me dirijo a ti en público es por asuntos infinitamente más graves, para reclamarte enormes responsabilidades de las cuales podrías no ser consciente, a causa de tu modestia.

En discurso del 3 de enero tú decías:

«Los anarquistas han entrado en el gobierno para impedir que la revolución se desviase y para continuarla más allá de la guerra, y también para oponerse a toda eventualidad de tentativa dictatorial, venga de donde venga».

Y bien, compañera, en abril, después de tres meses de experiencia colaboracionista, estamos en una situación en el curso de la cual se producen hechos graves y se anuncian otros peores. (1)

Allí donde -como en Vasconia, Levante y Castilla-nuestro movimiento no se ha impuesto por no contar con suficientes fuerzas de base, es decir donde no tiene grandes sindicatos y la adhesión espontánea de las masas, la contrarrevolución oprime y amenaza aplastarlo todo. El gobierno está en Valencia, y de allí es de donde parten los guardias de asalto destinados a desarmar los núcleos de defensa revolucionarios. Se recuerda a Casas Viejas, pensando en Vilanesa. (2) Son la guardia civil y la guardia de asalto los que conservan las armas, y son también en la retaguardia quienes deben controlar a los «incontrolados», es decir desarmar los núcleos revolucionarios provistos de algunos fusiles y pistolas. Esto es lo que pasa en tanto que el frente interior no ha sido liquidado. Esto se produce en una guerra civil en la cual todas las sorpresas son posibles, y en las regiones en las que el frente está bien próximo, es muy irregular en su trazado y no es matemáticamente seguro. Esto, en tanto que aparece descaradamente una distribución “política” de las armas, que tiende a no armar sino en la medida de lo «estrictamente necesario» al frente de Aragón, escolta armada de las colectivizaciones agrarias y contrafuerte de Consejo de Aragón y de Cataluña, esta Ucrania ibérica.

Tú estás en un gobierno que ha ofrecido a Francia e Inglaterra ventajas en Marruecos, mientras desde julio de 1936 habría sido necesario proclamar oficialmente la autonomía política marroquí. Yo me imagino lo que piensas, como anarquista, de este asunto innoble y además estúpido, pero creo que ha llegado la hora de hacer saber que tú, y contigo los otros anarquistas, no estáis de acuerdo con la naturaleza y el carácter de tales proposiciones.

El 24 de octubre de 1936 yo escribía en Guerra di classe:

La base de operaciones del ejército fascista es Marruecos. Es necesario intensificar la propaganda a favor de la autonomía marroquí sobre todo el sector de influencia panislámica.

Es necesario imponer al gobierno de Madrid declaraciones inequívocas de su voluntad de abandonar Marruecos, así como proteger la autonomía marroquí. Francia ve con preocupación la posibilidad de repercusiones insurreccionales en el África septentrional y en Siria, e Inglaterra ve reforzada la agitación autonómica egipcia y de los árabes de Palestina. Es necesario explotar estas preocupaciones con una política que amenace desencadenar la revuelta del mundo islámico.

Para tal política es necesario invertir dinero y urge enviar emisarios agitadores y organizadores a todos los centros de la emigración árabe y en todas las zonas de la frontera del Marruecos francés. En los frentes de Aragón, del Centro, Asturias y Andalucía bastarán algunos marroquíes con funciones de propagandistas disponiendo de radio, impresos, etcétera

Es evidente que no se puede garantizar los intereses de los ingleses y franceses en el Marruecos y al mismo tiempo hacer obra insurreccional. Valencia continúa la política de Madrid. Es necesario que esto cambie. Es necesario, para cambiar, decir clara y fuertemente todo nuestro pensamiento, porque en Valencia actúan influencias tendentes a pactar con Franco.

Jean Zyromsky escribe en Le Populaire del 3 de marzo:

Estas maniobras son visibles y tienden a la conclusión de una paz que, en realidad, significaría no solamente detener la revolución española sino incluso anular las conquistas sociales ya realizadas.

Ni Largo Caballero ni Franco, tal sería la fórmula que expresaría sumariamente una concepción que existe, y yo no estoy seguro de que ella no tenga el beneplácito de ciertos medios políticos, diplomáticos e incluso gubernamentales en Inglaterra, y también en Francia.

Estas influencias, estas maniobras, explican varios puntos oscuros, como por

ejemplo: la inactividad de la marina de guerra leal. La concentración de las fuerzas provenientes del Marruecos, la piratería del «Canarias» y del «Baleares»; la toma de Málaga, no son sino las consecuencias. ¡Y la guerra no ha terminado! Si Indalecio Prieto es incapaz e indolente, ¿por qué tolerarlo? Si Prieto está ligado a una política que paraliza la marina, ¿por qué no denunciar esa política?

Vosotros, ministros anarquistas, pronunciáis discursos elocuentes y escribís brillantes artículos, pero no es con discursos y artículos como se vence en la guerra y se defiende la revolución. En aquélla se vence y ésta se defiende pasando de la defensiva a la ofensiva. La estrategia de posiciones no puede eternizarse. El problema no se resuelve lanzando consignas como: movilización general, armas al frente, mando único, ejército popular, etc. El problema se resuelve realizando inmediatamente lo que puede ser realizado.

La Dèpeche de Toulouse del 17 de enero escribía:

«La gran preocupación del Ministerio del Interior es restablecer la autoridad del Estado sobre la de los grupos y sobre los incontrolados de toda proveniencia ».

Es evidente que, aunque se comprometieran durante meses a buscar el aniquilamiento de los «incontrolados», no se puede resolver el problema de eliminar la quinta columna. La eliminación del frente interno tiene por condición previa una actividad de investigación y de represión que no puede ser cumplida sino por revolucionarios experimentados. Una política interior de colaboración de clases y de adulación a las clases medias conduce inevitablemente a la tolerancia hacia los elementos políticamente equívocos. La quinta columna está constituida no sólo por elementos pertenecientes a formaciones fascistas, sino además por todos los descontentos que aspiran a una república moderada. Son estos últimos elementos los que se aprovechan de la tolerancia de los cazadores de «incontrolados».

La liquidación del frente interior se halla condicionada a una actividad

amplia y radical de los Comités de Defensa constituidos por la CNT y la UGT.

Asistimos a la penetración de elementos equívocos en los cuadros dirigentes del ejército popular, no garantizados por ninguna organización política o sindical. Los comités y los delegados políticos de las milicias ejercían un control saludable, que hoy está debilitado, por el predominio de los sistemas centralizados de ascenso y promoción estrictamente militares. Es necesario reforzar la autoridad de estos comités y de estos delegados.

Asistimos al hecho nuevo, y que puede tener consecuencias desastrosas, de que batallones enteros son mandados por oficiales que no disfrutaban de la estima y del afecto de los milicianos. Este hecho es grave porque la mayoría de los combatientes españoles vale en la batalla en proporción a la confianza que tienen a su propio comandante. Es necesario por lo tanto restablecer la elegibilidad directa y el derecho de destitución desde la base.

Podría continuar sobre ese tema. Gravísimo error ha sido aceptar fórmulas autoritarias, no porque sean tales, sino porque nos llevan a errores enormes y a fines políticos que nada tienen que ver con las necesidades de la guerra.

He tenido ocasión de hablar con altos oficiales italianos, franceses y belgas, y he constatado que ellos tienen, de la necesidad real de la disciplina, una concepción mucho más moderna y racional que la que ciertos neogenerales pretenden ser realista.

Creo que es hora de constituir el ejército confederal, como el Partido Comunista ha constituido su cuerpo propio: el Quinto Regimiento de las milicias populares. Creo que es hora de resolver el problema del mando único, realizando en efectivo la unidad de mandos que permita pasar a la ofensiva en el frente aragonés. Y creo que ha llegado la hora de terminar con los millares de guardias civiles y guardias de asalto que no van al frente porque sirven para controlar a los "incontrolados". Creo que ha llegado la hora de crear una industria de guerra seria y responsable, y creo que es hora de terminar con ciertas curiosidades, tan flagrantes como las del reposo dominical y la de ciertos «derechos obreros» saboteadores de la defensa de la revolución. Es necesario, ante todo, mantener elevado el espíritu de los

combatientes. Luigi Bertoni, haciéndose intérprete de los sentimientos expresados por varios compañeros italianos combatientes en el frente de Huesca, escribía no hace mucho:

La guerra de España despojada de toda fe nueva, de toda idea de transformación social, de toda grandeza revolucionaria, de todo sentido universal, no es más que una vulgar guerra de independencia nacional, que es necesario afrontar para evitar el exterminio que la plutocracia mundial se propone. Queda la terrible cuestión de vida o muerte, pero no es más una guerra de afirmación de un nuevo régimen o de una nueva humanidad. Se diría que todo no está todavía perdido, pero en realidad está todo amenazado y comprometido y los nuestros tienen un lenguaje de renuncia, el mismo que tenía el socialismo italiano ante el avance del fascismo: ¡Cuidado con las provocaciones!, ¡Calma y serenidad!, ¡Orden y disciplina! Todas las cosas que prácticamente se reducen al “laissez faire”. Y como en Italia el fascismo terminó por triunfar, en España el antisocialismo, con ropaje republicano, no podrá menos que vencer a menos que se produzcan acontecimientos que escapen a nuestras previsiones. Es inútil agregar que nosotros nos limitamos a constatar, sin entrar a condenar a los nuestros, cuya conducta no sabemos decir cómo podría tener una alternativa diferente y eficaz mientras que la presión ítalo-alemana crece en el frente y la bolchevización en la retaguardia.

Yo no tengo la modestia de Luigi Bertoni. Tengo la obligación de afirmar que los anarquistas españoles podrían tener una línea política diferente de la que prevalece, y pretendo aconsejar algunas líneas generales de conducta, conducentes a una reacción inmediata, capitalizando lo que sé de las experiencias de las grandes revoluciones recientes y lo que leo en la misma prensa libertaria española.

Creo que tú debes plantearte el problema de saber dónde defiendes mejor la Revolución, si aportas una mayor contribución a la lucha contra el fascismo participando en el gobierno, o si no serías infinitamente más útil llevando la llama de tu magnífica palabra entre los combatientes y en la retaguardia.

Ha llegado la hora de clarificar incluso la significación unitaria que puede tener vuestra participación en el gobierno. Es necesario hablar con las masas, y apelar a su juicio sobre si tenía razón Marcel Cachin, cuando declaraba en L'Humanité, 23 de marzo: «Los responsables anarquistas multiplican sus esfuerzos unitarios y sus llamadas son escuchadas en forma creciente», o si tienen razón Pravda e Izvestia cuando calumnian a los anarquistas españoles tratándolos de saboteadores de la unidad. Llamar también a las masas para juzgar la complicidad moral y política del silencio de la prensa anarquista española sobre los delitos dictatoriales de Stalin, de las persecuciones contra los anarquistas rusos, y en los monstruosos procesos contra la oposición trotskista, silencio recompensado y con mérito, por las difamaciones de Izvestia contra Solidaridad Obrera de Barcelona.

Llamar a las masas a juzgar si ciertas maniobras de sabotaje al avituallamiento no entran en el plan anunciado el 17 de diciembre de 1936 en Pravda:

En cuanto a Cataluña se ha comenzado la limpieza de elementos trotskistas y anarcosindicalistas, obra que será llevada con la misma energía con la que ha sido llevada en la URSS.

Es hora de darse cuenta de si los anarquistas estamos en el gobierno para ser las vestales a un fuego casi extinguido, o bien si estamos para servir de gorro frigio a politicastos que flirtean con el enemigo, o con las fuerzas de la restauración de la «república de todas las clases». El problema se plantea con la evidencia de una crisis que sobrepasa a los actores representativos que hoy ocupan el escenario.

El dilema: guerra o revolución, no tiene ya sentido. El único dilema es éste: O la victoria sobre Franco gracias a la guerra revolucionaria, o la derrota.

El problema para ti y para los otros compañeros es el de escoger entre el Versalles de Thiers o el París de la Comuna, antes de que Thiers y Bismarck hagan la unión sagrada.

A ti te toca responder, porque tú eres «la luz que oculta la verdad».

Fraternalmente.

Camillo Berneri

1. Berneri ya presentía los hechos de mayo
2. En Vilanesa se masacró a los militantes de la CNT, y se destruyó el local sindical, en pleno periodo revolucionario

DICTADURA DEL PROLETARIADO Y SOCIALISMO DE ESTADO

5 de Noviembre de 1.936

La dictadura del proletariado es una concepción marxista. Según LENIN "sólo es marxista aquel que extiende el reconocimiento de la lucha de clases, el reconocimiento de la Dictadura del Proletariado".

LENIN, tenía razón: la Dictadura del Proletariado no es otra cosa, según Marx, que la conquista del Estado por parte del proletariado que organizado en una clase políticamente dominante, llegue a la supresión de todas las clases a través del Socialismo de Estado.

En la Crítica al programa de Gotha escrita por Marx en 1.875 se lee:

Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista, se sitúa el período de transformación revolucionario de la primera a la segunda. A este período corresponde otro de transición política, durante el cual el Estado no puede ser otra cosa que la Dictadura del Proletariado.

En el Manifiesto Comunista de 1.874 decía ya:

"El primer paso en la vía de la revolución obrera es la elevación del proletariado al puesto de clase dominante".

"El proletariado se aprovechará de su dominación política para arrancar poco a poco a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en las manos del Estado, es decir, en las manos

del mismo proletariado, organizado como clase dominante".

LENIN, en El Estado y la Revolución reafirma la tesis marxista:

"El proletariado tiene necesidad del estado solamente durante un cierto tiempo. La supresión del Estado como idea finalista no es lo que nos separa de los anarquistas. Lo que nosotros afirmamos es que para llegar a esta finalidad es indispensable el utilizar temporalmente los instrumentos, los medios y los procederes de poder político contra los explotadores, de la misma manera que es indispensable para suprimir las clases, el establecer temporalmente la dictadura de la clase oprimida".

"El Estado desaparecerá a medida que desaparezcan los capitalistas, cuando no existan más clases y no haya mas necesidad, por consecuencia, de oprimir a "ninguna clase". Pero el Estado no estará muerto completamente en tanto que sobreviva el "derecho burgués" que consagra de hecho la desigualdad. Para que el Estado muera completamente es necesario el establecimiento del comunismo integral. El Estado proletario está concebido como una forma política transitoria destinada a destruir las clases. Una expropiación gradual y la idea de un capitalismo de Estado se hallan en la base de esta concepción. El programa económico de LENIN, en vísperas de la revolución de Octubre se termina por esta frase: "El socialismo no es otra cosa que el monopolio socialista del Estado".

Según LENIN:

"La distinción entre marxistas y anarquistas consiste en lo siguiente:

1) Los marxistas aunque proponen la destrucción del Estado no la creen

realizable hasta después de la destrucción de las clases por la revolución socialista, y como un resultado del triunfo del socialismo que se terminará con la destrucción del Estado; los anarquistas quieren la supresión del Estado, de un día al otro, sin comprender cuáles son las condiciones que permiten la posibilidad de hacerlo.

2) Los marxistas proclaman la necesidad de que el proletariado se apodere del poder político, de que destruya completamente la vieja máquina del Estado y la reemplace por un nuevo aparato, consistente en la organización de los obreros armados sobre el tipo de la "Comuna". Los anarquistas reclamando la destrucción de la máquina del Estado, no saben el "como ni el "con qué" la reemplazará el proletariado ni saben "qué uso" deberá hacer del poder revolucionario; condenan incluso todo uso del poder político revolucionario y rechazan la dictadura revolucionaria del proletariado.

3) Los marxistas quieren preparar al proletariado para la revolución utilizando el Estado moderno; los anarquistas rechazan este método.

LENIN desfiguraba las cosas. Los marxistas "no se proponen la destrucción del Estado", sino que prevén la desaparición natural del Estado como consecuencia de la destrucción de las clases por medio de la "dictadura del proletariado", es decir, del Socialismo de Estado, en tanto que los anarquistas quieren la destrucción de las clases por medio de la revolución social, que suprime con las clases el Estado mismo.

Por otra parte, los marxistas no proponen la conquista armada de la Commune por parte de todo el proletariado, si no que, proponen la conquista del Estado por el partido que suponen que representa al proletariado. Los anarquistas admiten el uso de un poder directo por parte del proletariado; pero entienden que el órgano de este poder ha de estar constituido por el conjunto de sistemas de gestión de tipo comunista, organizaciones corporativas, instituciones comunales, regionales y nacionales, libremente constituidas y al margen de toda ingerencia y

monopolio político de partido, y esforzándose de reducir al mínimo la centralización administrativa*... LENIN, en su afán de polémica, simplifica arbitrariamente la extensión diferencial que existe entre los marxistas y nosotros.

La fórmula leninista: "Los marxistas quieren preparar al proletariado a la revolución utilizando el aparato del Estado moderno" es la base del jacobinismo, como es también la base del parlamentarismo y la del ministerialismo social-reformista.

En los Congresos Socialistas Internacionales de Londres (1.896) y de París (1.900) fue establecido que podían adherirse a la Internacional Socialista solamente los partidos y organizaciones obreras que reconocieran el principio de la "Conquista socialista de los poderes públicos por la fracción del proletariado organizado en partido de clase". La escisión se produjo sobre este punto capital, pero en el hecho comprobable y efectivo, la exclusión de los anarquistas del seno de la Internacional, no era otra cosa que el triunfo del ministerialismo, del oportunismo, del "cretinismo parlamentario".

Los sindicalistas antiparlamentarios y algunas fracciones comunistas, rechazan del marxismo la conquista de los poderes públicos, como acción socialista pre-revolucionaria, o revolucionaria.

Quien lance una mirada retrospectiva sobre la historia del socialismo desde la exclusión de los anarquistas podrá constatar claramente la decadencia y degeneración gradual del marxismo como filosofía política, a través de las interpretaciones y de la práctica social-democráticas.

El leninismo constituye, sin ninguna duda, una vuelta al espíritu revolucionario inicial del marxismo, pero constituye también una vuelta a los sofismas y abstracciones de la metafísica marxiana.

El autor

Camillo Berneri, también conocido como Camillo da Lodi (Lodi, 1897-Barcelona, 5 de mayo de 1937), fue un profesor de filosofía italiano, anarquista militante. Estuvo casado desde 1917 con Giovannina Caleffi con quien tuvo dos hijas, Marie Louise Berneri y Giliana Berneri .

En su juventud militó en las Juventudes Socialistas. Fue veterano de la I Guerra Mundial, profesor de humanidades en la Universidad de Florencia y miembro de la Unione Anarchica Italiana. Exiliado de Italia tras la victoria del fascismo, llegó a España en 1936 y, con Carlo Rosselli, organizó la primera columna de voluntarios italianos para combatir en la Guerra Civil española en el frente de Aragón, durante la cual es un acérrimo defensor de la Revolución social española de 1936. Incorporado a la columna miliciana de Joaquín Ascaso, tuvo que abandonar el frente por problemas médicos y regresó a Barcelona, donde creó el periódico Guerra di classe, colaborando también en la emisora de radio de la CNT-FAI de Barcelona.

Durante las Jornadas de mayo de 1937, fue asesinado junto a Francesco Barbieri.

Tanto Berneri como Barbieri fueron detenidos por una patrulla compuesta por un grupo de doce guardias, seis de ellos de la policía municipal y el resto miembros del PSUC o de UGT. Ambos habrían sido asesinados durante su arresto, comparando así su muerte con la de Andrés Nin a manos de la NKVD y cuyo motivo más probable sería el conocido apoyo de Berneri al POUM (uno de los últimos textos que escribió fue "En defensa del POUM") a los que desde el PCE se había acusado de traidores, y se enmarcaría en las

Jornadas de mayo de 1937.